

# ¿Por qué Elias? México, el ejercicio del poder y la vida cotidiana

GINA ZABLUDOVSKY

El presente texto es una versión revisada de las palabras pronunciadas por la autora en mayo de 2007, con motivo de la presentación de su libro *Norbert Elias y los problemas actuales de la sociología* publicado por el Fondo de Cultura Económica.

A pesar de que Norbert Elias (1897-1990)<sup>1</sup> puede ser considerado como uno de los pensadores más importantes del siglo xx, durante mucho tiempo sus ideas no recibieron la debida atención y sus planteamientos aún siguen siendo relativamente desconocidos dentro de muchos círculos de las ciencias sociales contemporáneas. Esta situación es lamentable, pues nos hemos perdido la oportunidad de nutrirnos de un pensamiento que analiza con originalidad y lucidez las relaciones de poder y las formas de control social a partir de un análisis histórico de largo alcance que busca entender la transformación del comportamiento social y de los hábitos cotidianos en los más diversos ámbitos de la vida social. El presente texto se apoyará en las perspectivas desarrolladas en la obra de Elias, para, a partir de ellas, reflexionar en torno a algunas prácticas y omisiones arraigadas en la investigación sociológica en México.

Durante los últimos años los objetos de estudio de esta disciplina ha sido prioritariamente las instituciones (gobierno y partidos políticos), los movimientos sociales, o lo que se ha llamado con bastante imprecisión, “los actores de la sociedad civil”. Si bien es cierto que, por su propia naturaleza estos temas son específicamente sociológicos, no por ello deberíamos perder de vista que el mundo social está conformado por seres humanos de carne y hueso cuyas relaciones y comportamientos cotidianos merecen una mayor atención y análisis.

Aunque lo repetimos con frecuencia, en la práctica los académicos y los comentaristas, olvidamos que en política la forma es fondo y mantenemos una mirada miope frente a los hábitos, rutinas y modales propios de la vida en sociedad que —como lo muestra Norbert Elias en *La sociedad cortesana*— expresan y reproducen la dinámica de las

relaciones de poder en una etapa determinada. Así, analizamos las instituciones del gobierno sin situarlas en el contexto de sus propias configuraciones sociales, pocas veces estudiamos la naturaleza de las redes que se tejen en torno a las personas que ocupan los cargos de decisión más importantes y que de alguna forma explican cómo han llegado y cómo se mantienen. Tampoco ponemos atención en la disposición de los espacios, las oficinas y los edificios públicos desde donde se ejerce el poder ¿qué significado tienen las salas de espera de los políticos, cómo se relacionan con sus asesores y subalternos, cómo se saludan entre sí?

De la misma manera, solemos estudiar a los empresarios(as) sin tomar en cuenta dónde se reúnen, qué peso tienen las comidas de negocios y los encuentros en campos de golf o partidos de tenis. Una práctica que parece ser cada vez más común en las esferas políticas y corporativas de México (y otros países) es que las negociaciones más importantes no se llevan a cabo en las oficinas sino en “reuniones amigables” y encuentros que aparentemente tienen un carácter más informal. El análisis sobre las transformaciones en los modales y la carga simbólica que las sociedades modernas otorgan a las comidas y otras prácticas cotidianas, y el significado específico que éstas tienen en la conducta de las elites es uno de los aspectos más importantes desarrollados por Elias en *El proceso de civilización* y *La sociedad cortesana*, dos de sus libros más importantes escritos durante la década de 1930. Estas investigaciones nos podrían servir como modelo para estudiar lo que representan dichas costumbres en la cultura política y empresarial del México contemporáneo. No estaría de más preguntarnos ¿qué significado simbólico tiene el hecho de que una persona con poder opte por concertar una cita para

comer fuera en vez de en su despacho u oficina? ¿En qué tipo de restaurante se lleva a cabo el encuentro? ¿Prefiere que su mesa esté en un sitio más bien oculto y discreto, o procura que sea visible de tal forma que pueda saludar a otros conocidos que seguramente se encontrará sin haberlo planeado? A partir de este tipo de análisis podríamos obtener una rica información sobre las alianzas entre los integrantes de las elites y la jerarquía que otorgan a los distintos temas y asuntos de la vida política y económica del país que hasta ahora no han sido abordados desde esta perspectiva.

Las pautas de investigación que nos brinda Elias, no sólo nos permiten analizar a las elites económicas y políticas. Con una mirada abierta, podríamos estudiar las más diversas prácticas de los distintos grupos que conforman nuestra sociedad, como la de los intelectuales y académicos. ¿Por qué no preguntarnos por ejemplo, sobre el significado de las presentaciones de libros en nuestra ciudad? Además del objetivo evidente de difundir la publicación, ¿tienen algún otro papel social estos rituales que a veces parecen tener similitudes con las ceremonias de bautizo o consagración?

Por otra parte, así como no ponemos atención en los lugares y la arquitectura para explicar las dinámicas sociales, tampoco le hemos dado la debida relevancia al estudio de los aspectos sociológicos de la creación artística tal como lo llevó a cabo Elias en el hermoso libro *Mozart, sociología de un genio*. ¿Por qué no retomar lo allí expuesto para averiguar cuáles son las condiciones familiares y sociales, las figuraciones que en un momento permiten u obstaculizan el surgimiento de un artista talentoso o de un músico popular? ¿Por qué no tomamos, por ejemplo, el caso de un ídolo como Pedro Infante (cuyo aniversario se conmemoró hace poco) y estudiamos las relaciones entre el microproceso biográfico y el macroproceso histórico para explicarnos los factores que explican su surgimiento, desarrollo y permanencia? ¿Qué nos puede decir esta figura del conjunto de la sociedad mexicana?

Las ciencias sociales en nuestro país también han dejado de lado otros aspectos de la realidad social. ¿Quién se ocupa de la dinámica de los espectáculos deportivos donde, como lo muestra Elias, la tensión entre la contención y la exacerbación de la violencia está constantemente presente? Hemos sido testigos del resurgimiento de jóvenes agresivos como los

*hooligans* en Inglaterra y de disturbios en los estadios de futbol de diversos lugares. En varios países latinoamericanos este deporte y espectáculo ha dado lugar a una producción académica importante (como por ejemplo el libro de la sociología argentina titulado *Futbol y patria*). Sin embargo, en México no hemos puesto suficiente atención al tema. Basta recordar lo que pasó en la copa mundial cuando, en contraste con las aportaciones de algunos escritores dedicados a la literatura, los científicos sociales casi no pudimos decir nada que explicara de alguna forma innovadora el fervor y comportamiento colectivo que se despertaron –y que en ese momento competía con la atención al proceso electoral de julio de 2006. El momento era importante ya que, como lo muestran Elias y Dunning en sus textos *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, el futbol y la vida parlamentaria surgieron al mismo tiempo en Inglaterra, y tienen en común el estar integrados por equipos de hombres que pertenecen a grupos adversarios y que se enfrentan en una “lucha civilizada” claramente regulada y arbitrada.

En años recientes, han surgido otros espectáculos cuyos organizadores conocen el *know-how* para despertar entre el público nuevas devociones. Como ejemplos típicamente contemporáneos están los encuentros masivos en los cuales las empresas de multinivel suelen reunir a sus vendedores. Como lo puede constatar cualquier persona que haya asistido a estas reuniones, se respira un comportamiento colectivo que no deja de recordar el componente sagrado de las congregaciones religiosas. En la medida en que muchas veces estas compañías proporcionan la única fuente accesible de nuevos “empleos”, sus rituales y modalidades de organización constituyen fenómenos sumamente importantes que el sociólogo debe tomar en cuenta, tanto en sus dimensiones estrictamente económicas como en sus manifestaciones eminentemente culturales.

Otro tema relegado es el del significado del cuerpo. En *El proceso de civilización*, Elias asocia el sentimiento de vergüenza con la invención de la pijama (que es una muestra del pudor sobre el cuerpo desnudo aún a la hora de dormir), el pañuelo y el tenedor. Este último utensilio es expresión del control civilizado y a su vez se convierte en el guardián de la prohibición de no volver a comer “libremente” con las manos. ¿Cómo nos ubicamos ahora frente a esta cuestión? ¿Cómo concebimos

nuestro propio cuerpo y qué sentido le damos a la participación de los desnudos en las manifestaciones de los 400 pueblos en Paseo de la Reforma o el éxito de la convocatoria reciente de Spencer Tunick en el Zócalo capitalino?

¿Qué significado adquiere el cuerpo a medida que envejece? El tema en torno a nuestras formas de enfrentar la muerte ha sido tratado desde una perspectiva antropológica y de atracción turística que se relaciona con la Festividad del Día de Muertos o las prácticas de los grupos indígenas. Sin embargo, poco se ha reflexionado sobre las costumbres de una creciente mayoría de los habitantes de zonas urbanas con grandes similitudes con el resto de la civilización occidental. La manera en que Elias desarrolla el tema en su conmovedor estudio sobre *La soledad de los moribundos* resulta sumamente pertinente para abordar desde nuevas perspectivas los debates legislativos actuales sobre la posibilidad de decidir la propia forma de morir.

En México, podemos observar cómo la sociología se ha desarrollado en estrecha vinculación con la ciencia política pero se ha separado demasiado de las otras disciplinas como, por ejemplo, la psicología. No estaría de más impulsar estudios de una psicología aplicada a la política. De alguna forma, la sociología también se ha apartado de la historia y específicamente de la historia de la cultura y de la vida cotidiana. En términos generales la historia que aprendemos tiene un corte político vinculada únicamente al surgimiento de los principales líderes y organizaciones del país (el gobierno posrevolucionario, el PRI, los nuevos partidos, etc.) o de los presidentes y los cambios sexenales. La sociología también se ha distanciado de la antropología y no se ha interesado por la elaboración de trabajos en colaboración con la disciplina encargada de entender el significado simbólico, de estudiar hábitos y rituales comunitarios. En la medida en que ésta tiende a concentrarse en comunidades consideradas en cierta forma premodernas –con excepción de algunos estudios– no hemos sabido adoptar una mirada antropológica sobre nuestros propios hábitos.

Estas preocupaciones no pueden abordarse de forma aislada, porque podríamos caer en lo meramente anecdótico o superficial. Para evitarlo, los estudios sobre estos temas tienen que ser considerados en su carácter dinámico de microprocesos

vinculados con los macroprocesos, como la merma del monopolio de la violencia física legítima que, como lo señalan Max Weber y Norbert Elias, distinguieron a los Estados modernos del siglo xx, o las tendencias de contención y acentuación de la violencia en las distintas sociedades y los procesos civilizatorios que enfrentamos ante el creciente poder del narcotráfico y el terrorismo. Paralelamente, tenemos una intensificación del proceso de individualización que nos lleva a morir y vivir solos, y tener que decidir permanentemente ante una aparente pluralidad de opciones donde nada es seguro, ni la posibilidad de prevenir un desastre ecológico, ni el trabajo (que bajo la concepción burocrática prevaleciente en el siglo xx, se planteaba como un permanente ascenso en el escalafón), ni el matrimonio (que cada vez es menos “para toda la vida”), ni la familia que ya no responde a un único modelo, ni el país o lugar de residencia. Como señala Ulrich Beck, en la sociedad de riesgo las expectativas están centradas en el individuo quien tiene a su cargo el constante diseño de su vida y la responsabilidad de ser el arquitecto de su propio destino con las respectivas “heladas de libertad” que esto conlleva.

Son muchos los temas que podría seguir tratando a partir del legado de Elias y otros autores clásicos y contemporáneos de la teoría social que tienen una vigencia extraordinaria para el estudio de nuestra realidad cotidiana. Como tales, deben ser enseñados en las aulas. Pero su influencia no debe limitarse a la academia. Es necesario darles un mayor impulso para que puedan caminar con libertad entre nosotros. Como la buena literatura, su conocimiento no debe circunscribirse a los ámbitos eruditos y especializados, tendrían que estar al alcance de un público más amplio simplemente porque al conocerlos enriquecemos nuestras vidas. Es necesario retomarlos para debatir con ellos, criticarlos, desacralizarlos, pero tenerlos presentes, para preguntarnos en qué medida sus aportaciones pueden ser útiles para entender nuestra propia realidad.

<sup>1</sup> Norbert Elias es un autor judeo-alemán que emigra a Inglaterra y luego a Holanda y será el único miembro de su familia en sobrevivir el Holocausto.